

compañero de á caballo, y dijo que muy cerca de allí venian derechos donde estábamos, y que de rato en rato hacian paradillas; y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creimos cierto ser de paz, como lo fué, y mandó Cortés que no se hiciese alboroto ni sentimiento, y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas; y luego, de todas aquellas gentes que venian con las cargas se adelantaron cuatro principales que traian cargo de entender en las paces, como les fué mandado por los caciques viejos; y haciendo señas de paz, que era bajar la cabeza, se vinieron derechos á la choza y aposento de Cortés, y pusieron la mano en el suelo y besaron la tierra, y hicieron tres reverencias y quemaron sus copales, y dijeron que todos los caciques de Tlascalca y vasallos y aliados, y amigos y confederados suyos, se vienen á meter debajo de la amistad y paces de Cortés y de todos sus hermanos los teules que consigo estaban, y que los perdona porque no han salido de paz y por la guerra que nos han dado, porque creyeron y tuvieron por cierto que éramos amigos de Montezuma y sus mejicanos, los cuales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque vieron que venian con nosotros en nuestra compañía muchos de sus vasallos que le dan tributos; y que con engaño y traiciones les querian entrar en su tierra, como lo tenían de costumbre, para llevar robados sus hijos y mujeres, y que por esta causa no creían á los mensajeros que les enviábamos; y demás desto dijeron que los primeros indios que nos salieron á dar guerra así como entramos en sus tierras, que no fué por su mandado y consejo, sino por los chontales estomies, que son gentes como monteses y sin razon; y que como vieron que éramos tan pocos, que creyeron de tomarnos á manos y llevarnos presos á sus señores y ganar gracias con ello, y que ahora vienen á demandar perdon de su atrevimiento, y que cada dia traerán mas bastimento del que allí traian, y que lo recibamos con el amor que lo envian, y que de allí á dos dias vendrá el capitán Xicotenga con otros caciques, y dará mas relacion de la buena voluntad que toda Tlascalca tiene de nuestra buena amistad. Y luego que hubieron acabado su razonamiento bajaron sus cabezas y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra; y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad é hizo del enojado, é dijo que, puesto que habia causas para no los oír ni tener amistad con ellos, porque desde que entramos por su tierra les enviamos á demandar paces y les envié á decir que los queria favorecer contra sus enemigos los de Méjico, é no lo quisieron creer y querian matar nuestros embajadores, y no contentos con aquello, nos dieron guerra tres veces, y de noche, y que tenían espías y asechanzas sobre nosotros, y en las guerras que nos daban les pudiéramos matar muchos de sus vasallos; y no quise, y que los que murieron me pesa por ello, que ellos dieron causa á ello, y que tenían determinado de ir adonde están los caciques viejos á dallas guerra; que pues ahora vienen de paz de parte de aquella provincia, que él los recibe en nombre de nuestro rey y señor, y les agradece el bastimento que traen; y les mandó que luego fuesen á sus señores á les decir vengan ó envíen á tratar las paces con mas certificacion;

y si no vienen, que iríamos á su pueblo á les dar guerra; y les mandó dar cuentas azules para que diesen á los caciques en señal de paz; y se les amonestó que cuando viniesen á nuestro real fuese de dia, y no de noche, porque los matariamos; y luego se fueron aquellos cuatro principales mensajeros, y dejaron en unas casas de indios algo apartadas de nuestro real las indias que traian para hacer pan, y gallinas y todo servicio, y veinte indios que les traigan agua y leña, y desde allí adelante los traian muy bien de comer; y cuando aquello vimos, y nos pareció que eran verdaderas las paces, dimos muchas gracias á Dios por ello, y vinieron en tiempo que ya estábamos tan flacos y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habria dellas, cual se puede colegir; y en los capítulos pasados dice el coronista Gómora que Cortés se subió en unas peñas, y que vió al pueblo de Cimpacingo; digo que estaba junto á nuestro real, que harto ciego era el soldado que lo queria ver y no lo via muy claro. Tambien dice que se le querian amotinar y rebelar los soldados, é dice otras cosas que yo no las quiero escribir, porque es gastar palabras, porque dice que lo sabe por informacion. Digo que capitán nunca fué tan obedecido en el mundo, segun adelante lo verán; que tal por pensamiento no pasó á ningún soldado desde que entramos en tierra adentro, sino fué cuando lo de los arenales, y las palabras que le decian en el capítulo pasado era por via de aconsejarle y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra via, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitán, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos; y quien viere su Historia lo que dice, creerá que es verdad, segun lo refiere con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas adelante nos avino con unos mensajeros que envió el gran Montezuma.

CAPITULO LXXII.

Cómo vinieron á nuestro real embajadores de Montezuma, gran señor de Méjico, y del presente que trajeron.

Como nuestro Señor Dios, por su gran misericordia, fué servido darnos vitoria de aquellas batallas de Tlascalca, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas, y fué á oídos del gran Montezuma á la gran ciudad de Méjico, y si antes nos tenían por teules, que son como sus ídolos, de allí adelante nos tenían en muy mayor reputacion y por fuertes guerreros, y puso espanto en toda la tierra cómo, siendo nosotros tan pocos y los tlascaltecas de muy grandes poderes, los vencimos, y ahora enviarnos á demandar paz. Por manera que Montezuma, gran señor de Méjico, de muy bueno que era, ó temió nuestra ida á su ciudad, despachó cinco principales hombres de mucha cuenta á Tlascalca y á nuestro real para darnos el bien venido, y á decir que se habia holgado mucho de nuestra gran vitoria que hubimos contra tantos escuadrones de guerreros, y envió un presente, obra de mil pesos de oro, en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodón, y envió á decir que queria ser vasallo de nuestro gran emperador, y que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenia á Cor-

tés y á todos los teules sus hermanos que con él estábamos, que así nos llamaba, y que viese cuánto queria de tributo cada año para nuestro gran emperador, que lo dará en oro, plata y joyas y ropa, con tal que no fuésemos á Méjico; y esto que no lo hacia porque no fuésemos, que de muy buena voluntad nos acogiera, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaria de nuestro trabajo si nos lo viese pasar, é que por ventura que no lo podria remediar tan bien como querria. Cortés le respondió y dijo que le tenia en merced la voluntad que mostraba y el presente que envió, y el ofrecimiento de dar á su majestad el tributo que decia; y luego rogó á los mensajeros que no se fuesen hasta ir á la cabecera de Tlascalca, y que allí los despacharia, porque viese en lo que paraba aquello de la guerra; y no les quiso dar luego la respuesta porque estaba purgado del dia antes, y purgóse con unas manzanillas que hay en la isla de Cuba, y son muy buenas para quien sabe cómo se han de tomar. Dejaré esta materia, y diré lo que mas en nuestro real pasó.

CAPITULO LXXIII.

Cómo vino Xicotenga, capitán general de Tlascalca, á entender en las paces, y lo que dijo, y lo que nos avino.

Estando platicando Cortés con los embajadores de Montezuma, como dicho habemos, y queria reposar porque estaba malo de calenturas y purgado de otro dia antes, viénenle á decir que venia el capitán Xicotenga con muchos caciques y capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas y la otra mitad coloradas, que era su divisa y librea, y muy de paz, y traia consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban; y llegado al aposento de Cortés, le hizo muy grande acato en sus reverencias, como entre ellos se usa, y mandó quemar mucho copal, y Cortés con gran amor le mandó sentar cabe sí; y dijo el Xicotenga que él venia de parte de su padre y de Masse-Escaci, y de todos los caciques y república de Tlascalca, á rogarle que los admitiese á nuestra amistad; y que venia á dar la obediencia á nuestro rey y señor, y á demandar perdon por haber tomado armas y habernos dado guerra; y que si lo hicieron, que fué por no saber quién éramos, porque tuvieron por cierto que veniamos de la parte de su enemigo Montezuma, que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras y robarles y saquealles, que así creyeron que lo queria hacer ahora; y que por esta causa procuraron de defender sus personas y patria, y fué forzado pelear; y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro ni plata, ni piedras ricas ni ropa de algodón, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar á ello para salir á buscallo; y que si sus antepasados tenían algun oro ó piedras de valor, que al Montezuma se le habian dado cuando algunas veces hacian paces ó treguas porque no los destruyesen, y esto en los tiempos muy atrás pasados; y porque al presente no tienen qué dar, que los perdona, que su pobreza era causa dello, y no la buena voluntad; y dió muchas quejas de Montezuma y de sus aliados, que todos eran contra ellos y les daban guerra,

HA-II.

puesto que se habian defendido muy bien; y que ahora quisiera hacer lo mismo contra nosotros, y no pudieron, aunque se habian juntado tres veces con todos sus guerreros, y que éramos invencibles; y que como conocieron esto de nuestras personas, que quieren ser nuestros amigos, y vasallos del gran señor emperador don Carlos, porque tienen por cierto que con nuestra compañía serian siempre guardadas y amparadas sus personas, mujeres é hijos, y no estarán siempre con sobresalto de los traidores mejicanos; y dijo otras muchas palabras de ofrecimientos con sus personas y ciudad. Era este Xicotenga alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenia larga y como hoyosa y robusta, y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad; y Cortés les dió las gracias muy cumplidas con halagos que le mostró, y dijo que él los recibia por tales vasallos de nuestro rey y señor y amigos nuestros; y luego dijo el Xicotenga que nos rogaba fuésemos á su ciudad, porque estaban todos los caciques viejos y papas aguardándonos con mucho regocijo; y Cortés le respondió que él iria presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios del gran Montezuma, y como despache aquellos mensajeros, que él será allá; y tornó Cortés á decir algo mas áspero y con gravedad de las guerras que nos habian dado de dia y de noche; é que pues ya no puede haber emienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos que sean firmes y no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá á su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra. Y como aquello oyó el Xicotenga y todos los principales que con él venian, respondieron á una que serian firmes y verdaderas, y que para ello quedaban todos en rehenes; y pasaron otras pláticas de Cortés á Xicotenga y de todos los mas principales, y se les dieron unas cuentas verdes y azules para su padre y para él y los mas caciques, y les mandó que dijese que iria presto á su ciudad. E á todas estas pláticas y ofrecimientos que le dicho estaban presentes los embajadores mejicanos, de lo cual les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendieron que por ellas no les habia de venir bien ninguno. Y desde que se hubo despedido el Xicotenga, dijeron á Cortés los embajadores de Montezuma, medio riendo, que si creia algo de aquellos ofrecimientos é paces que habian hecho de parte de toda Tlascalca, que todo era burla y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores y engañosas; que lo hacian para que desde que nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar á su salvo darnos guerra y matarnos; y que tuviésemos en la memoria cuántas veces nos habian venido con todos sus poderes á matar, y como no pudieron, y fueron dellos muchos muertos y otros heridos, que se querian ahora vengar con demandas y paz fingida. Y Cortés respondió con semblante muy esforzado, y dijo que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento como decian; é ya que todo fuese verdad, que él se holgaria dello para castigarles con quitalles las vidas, y que eso se le da que den guerra de dia que de noche, ni que sea en el campo que en la ciudad; que en tanto tenia lo uno co-

mo lo otro; y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos embajadores su determinación, rogáronle que aguardásemos allí en nuestro real seis días, porque querían enviar dos de sus compañeros á su señor Montezuma, y que vendrían dentro de los seis días con respuesta; y Cortés se lo prometió, lo uno porque, como he dicho, estaba con calenturas, y lo otro, como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no hacer caso dellas, miró que si por ventura serían verdad, hasta ver mas certidumbre en las paces, porque eran tales, que había que pensar en ellas; y como en aquella sazón vió que había venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra villa rica de la Veracruz eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés á Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la villa para acabar de hacer la fortaleza y por capitán de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedaron; en las cuales cartas le hizo saber las grandes mercedes que nuestro señor Jesucristo nos ha hecho en las batallas que hubimos en las vitorias y rencuentros desde que entramos en la provincia de Tlascala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias á Dios por ello; y que mirasen que siempre favoreciesen á los pueblos totonaques, nuestros amigos, y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que habían dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento, y asimismo trujesen hostias de las que habíamos traído de la isla de Cuba, porque las que trujimos de aquella entrada ya se habían acabado. En las cuales cartas dice que hubieron mucho placer en la villa, y escribió el Escalante lo que allí había sucedido, y todo vino muy presto; y en aquellos días en nuestro real pusimos una cruz muy suntuosa y alta, y mandó Cortés á los indios de Cimpacingo y á los de las casas que estaban junto de nuestro real que encalasen un cu y estuviese bien aderezado. Dejemos de escribir desto, y volvamos á nuestros nuevos amigos los caciques de Tlascala, que como vieron que no íbamos á su pueblo, ellos venían á nuestro real con gallinas y tunas, que era tiempo dellas, y cada día traían el bastimento que tenían en su casa, y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen tomar por ello cosa ninguna aunque se lo dábamos, y siempre rogando á Cortés que se fuese luego con ellos á su ciudad; y como estábamos aguardando á los mejicanos los seis días, como les prometió, con palabras blandas les detenia; y luego, cumplido el plazo que habían dicho, vinieron de Méjico seis principales, hombres de mucha estima, y trujeron un rico presente que envió el gran Montezuma, que fueron mas de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, y ducientas piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma y de otras labores, y dijeron á Cortés cuando lo presentaron, que su señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente que ni en bueno ni malo no fuere con los de Tlascala á su pueblo ni se confiese dellos, que lo querían llevar allá para robarle oro y ropa, porque son muy pobres, que una manta buena de algodón no alcanzan; é que por saber que el Montezuma nos tiene por amigos y nos envía aquel oro

y joyas y mantas, lo procurarán de robar muy mejor; y Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenía en merced y que él lo pagaría al señor Montezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los tlascaltecas les pasase por el pensamiento lo que Montezuma les enviaba á avisar, que se lo pagaría con quitalles á todos las vidas, y que él sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y que todavía quiere ir á ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensajeros de Tlascala á decir á Cortés cómo vienen cerca de allí todos los caciques viejos de la cabecera de toda la provincia á nuestros ranchos y chozas á ver á Cortés y á todos nosotros para llevarnos á su ciudad; y como Cortés lo supo, rogó á los embajadores mejicanos que aguardasen tres días por los despachos para su señor, porque tenía al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada é paces que ahora tratan; y ellos dijeron que aguardarían. Y lo que los caciques viejos dijeron á Cortés se dirá adelante.

CAPITULO LXXIV.

Cómo vinieron á nuestro real los caciques viejos de Tlascala á rogar á Cortés y á todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos á su ciudad, y lo que sobre ello pasó.

Como los caciques viejos de toda Tlascala vieron que no íbamos á su ciudad, acordaron de venir en andas, y otros en chamacas é á cuestras, y otros á pié, los cuales eran los por mí ya nombrados, que se decían Masse-Escaci, Xicotenga el viejo é ciego, é Guaxolacima, Chichimeclatecle, Tecapaneca, de Topeyanco; los cuales llegaron á nuestro real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hicieron á Cortés y á todos nosotros tres reverencias, y quemaron copal y tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra; y el Xicotenga el viejo comenzó de hablar á Cortés desta manera, y díjole: «Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar que nos perdones porque salimos de guerra, é ya te enviamos á dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creímos que érades de su bando y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros á recibir á los caminos con muchos bastimentos, sino tenéroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros á la mar donde teniades vuestros acales (que son navíos); y pues ya nos habeis perdonado, lo que ahora os venimos á rogar yo y todos estos caciques es, que vais luego con nosotros á nuestra ciudad, y allí os darémos de lo que tuviéremos, é os serviremos con nuestras personas y hacienda; y mirá, Malinche, no hagas otra cosa, sino luego nos vamos; y porque tememos que por ventura te habrán dicho esos mejicanos algunas cosas de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas ni los oigas; que en todo no has querido ir á nuestra ciudad.» Y Cortés respondió con alegre semblante, y dijo que bien sabia, desde muchos años antes que á estas sus tierras viniésemos, cómo eran buenos, y que deso se maravilló cuando nos salieron de guerra, y que los mejicanos que allí estaban aguardaban respuestas para su señor Montezuma; é á lo que decían que fuésemos luego á su ciudad, y por el

bastimento que siempre traían é otros cumplimientos, que se lo agradecía mucho y lo pagaría en buenas obras; é que ya se hubiera ido si tuviera quien nos llevase los tepuzques, que son las hombardas; y como oyeron aquella palabra sintieron tanto placer, que en los rostros se conocería, y dijeron: «Pues cómo, ¿por esto has estado, y no lo has dicho?» Y en menos de media hora traen sobre quinientos indios de carga, y otro día muy de mañana comenzamos á marchar camino de la cabecera de Tlascala con mucho concierto, así de la artillería como de los caballos y escopetas y ballesteros, y todos los demás, según lo teníamos de costumbre; y había rogado Cortés á los mensajeros de Montezuma que se fuesen con nosotros para ver en qué paraba lo de Tlascala, y desde allí les despacharía, y que en su aposento estarían porque no recibiesen ningun deshonra; porque, según dijeron, temíanse de los tlascaltecas. Antes que mas pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos, ó en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban á Cortés Malinche; y así, le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indios, así desta provincia como de la ciudad de Méjico, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga; y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que, como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores ó pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mejicana, por esta causa le llamaban á Cortés el capitán de marina, y para mas breve le llamaron Malinche; y también se le quedó este nombre á un Juan Perez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina y con Jerónimo de Aguilar aprendiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche, que renombre de Arteaga de obra de dos años á esta parte lo sabemos. He querido traer esto á la memoria, aunque no había para qué, porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice Malinche; y también quiero decir que, como entramos en tierra de Tlascala hasta que fuimos á su ciudad se pasaron veinte y cuatro días, y entramos en ella á 23 de setiembre de 1519 años; y vamos á otro capítulo, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO LXXV.

Cómo fuimos á la ciudad de Tlascala, y lo que los caciques viejos hicieron de un presente que nos dieron, y cómo trujeron sus hijas y sobrinas, y lo que mas pasó.

Como los caciques vieron que comenzaba á ir nuestro fardaje camino de su ciudad, luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese aparejado para nos recibir y para tener los aposentos muy enramados; é ya que llegábamos á un cuarto de legua de la ciudad, salimos á recibir los mismos caciques que se habían adelantado, y traen consigo sus hijas y sobrinas y muchos principales, cada parentela y bando y parcialidad por sí; porque en Tlascala había cuatro parcialidades, sin las de Tecapaneca, señor de Tepoyanco, que eran cinco; y también vinieron de todos los lugares sus sugetos, y traían sus libreas diferenciadas, que aunque eran de nequen, eran muy primas y de buenas labores y pintu-

ras, porque algodón no lo alcanzaban; y luego vinieron los papas de toda la provincia, que había muchos por los grandes adoratorios que tenían, que ya he dicho que entre ellos se llama cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican; y traían aquellos papas braseros con brasas, y con sus incienso zahumando á todos nosotros, y traían vestidos algunos dellos ropas muy largas á manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos, como que querían parecer á las que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden despartir si no se cortan, y llenos de sangre que les salían de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado; y abajaban las cabezas como á manera de humildad cuando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas; é oímos decir que aquellos papas tenían por religiosos y de buena vida, y junto á Cortés se allegaron muchos principales acompañándole; y como entramos en lo poblado no habían por las calles y azuteas, de tantos indios é indias que nos salían á ver con rostros muy alegres, y trujeron obra de veinte piñas hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores, y las dieron á Cortés y á los demás soldados que les parecían capitanes, especial á los de á caballo; y como llegamos á unos buenos patios adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano á Cortés, Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, y le meten en los aposentos, y allí tenían aparejado para cada uno de nosotros á su usanza unas camillas de esteras y mantas de nequen; y también se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal y de Cocotlan cerca de nosotros; y mandó Cortés que los mensajeros del gran Montezuma se aposentasen junto con su aposento; y puesto que estábamos en tierra que víamos claramente que estaban de buenas voluntades y muy de paz, no nos descuidamos de estar muy apercebidos, según teníamos de costumbre; y parece ser que nuestro capitán, á quien cabía el cuarto de poner corredores del campo y espías y velas, dijo á Cortés: «Parece, Señor, que están muy de paz, y no habemos menester tanta guarda ni estar tan recatados como solemos.» «Mirá, señores, bien veo lo que decís; mas por la buena costumbre hemos de estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra y los viésemos venir á encontrar con nosotros; que muchos capitanes por se confiar y descuidar fueron desbaratados, especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado á avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido, y no verdad, hemos de estar muy alerta.» Dejemos de hablar de tantos cumplimientos é órden como teníamos en nuestras velas y guardas, y volvamos á decir cómo Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, que eran grandes caciques, se enojaron mucho con Cortés, y le dijeron con nuestras lenguas: «Malinche, ó tú nos tienes por enemigos ó no muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas y en las paces que nos has dado y nosotros á tí; y esto te decimos porque vemos que así os velais y venís por los caminos apercebidos como cuando veniais á encontrar con nuestros escuadrones; y esto, Malinche, creemos que lo haces por

las traiciones y maldades que los mejicanos te han dicho en secreto para que estés mal con nosotros: mira no los creas; que ya aquí estás y te daremos todo lo que quisieres, hasta nuestras personas y hijos, y moriremos por vosotros; por eso demanda en rehenes todo lo que quisieres y fuere tu voluntad.» Y Cortés y todos nosotros estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decían; y Cortés les respondió con doña Marina que así lo tiene creído, é que no ha menester rehenes, sino ver sus muy buenas voluntades; y que en cuanto á venir apercebidos, que siempre lo teníamos de costumbre y que no lo tuviesen á mal; y por todos los ofrecimientos se lo tenía en merced y se lo pagaría el tiempo andando. Y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con gran aparato de gallinas y pan de maíz y tunas, y otras cosas de legumbres que había en la tierra, y bastecen el real muy cumplidamente, que en veinte días que allí estuvimos todo lo hubo sobrado; y entramos en esta ciudad á 23 días del mes de setiembre de 1519 años; é quedarése aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO LXXVI.

Cómo se dijo misa estando presentes muchos caciques, y de un presente que trujeron los caciques viejos.

Otro día de mañana mandó Cortés que se pusiese un altar para que se dijese misa, porque ya teníamos vino é hostias; la cual misa dijo el clérigo Juan Diaz, porque el padre de la Merced estaba con calenturas y muy flaco, y estando presente Masse-Escaci el viejo y Xicotenga y otros caciques; y acabada la misa, Cortés se entró en su aposento, y con él parte de los soldados que le solíamos acompañar, y también los dos caciques viejos y nuestras lenguas, y dijole el Xicotenga que le querían traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dijo que cuando quisiesen; y luego tendieron unas esteras, y una manta encima, y trujeron seis ó siete pecezuelos de oro y piedras de poco valor, y ciertas cargas de ropa de nequen, que toda era muy pobre que no valia veinte pesos; y cuando lo daban, dijeron aquellos caciques riendo: «Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos, no lo recibirás con buena voluntad; ya te hemos enviado á decir que somos pobres, é que no tenemos oro ni ningunas riquezas, y la causa dello es que esos traidores y malos de los mejicanos y Montezuma, que ahora es señor, nos lo han sacado todo cuando solíamos tener paces y treguas, que les demandábamos porque no nos diesen guerra; y no mires que es poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te seremos;» y entonces también trujeron aparte mucho bastimento. Cortés lo recibió con alegría, y les dijo que en mas tenía aquello por ser de su mano y con la voluntad que se lo daban, que si le trujeran otros una casa llena de oro en granos, y que así lo recibe, y les mostró mucho amor; y parece ser tenían concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las mas hermosas que tenían, que fuesen doncellas por casar; y dijo el viejo Xicotenga: «Malinche, porque mas claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras

hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generacion, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, é no ha sido casada, é quiérola para vos; y asimismo Masse-Escaci y todos los mas caciques dijeron que traerian sus hijas y que las recibiésemos por mujeres, y dijeron otros muchos ofrecimientos, y en todo el día no se quitaban, así el Masse-Escaci como el Xicotenga, de cabe Cortés; y como era ciego, de viejo, el Xicotenga, con la mano atentaba á Cortés en la cabeza y en las barbas y rostro, y se la traía por todo el cuerpo; y Cortés les respondió á lo de las mujeres, que él y todos nosotros se lo teníamos en merced, y que en buenas obras se lo pagaríamos el tiempo andando; y estaba allí presente el padre de la Merced, y Cortés le dijo: «Señor padre, paréceme que será ahora bien que demos un tiento á estos caciques para que dejen sus ídolos y no sacrifiquen, porque harán cualquier cosa que les mandarémos, por causa del gran temor que tienen á los mejicanos;» y el fraile dijo: «Señor, bien es; pero dejémoslo hasta que traigan las hijas, y entonces habrá materia para ello, y dirá vuesamerced que no las quiere recibir hasta que prometan de no sacrificar: si aprovechar, bien; si no, harémos lo que somos obligados;» y así quedó para otro día, y lo que se hizo se dirá adelante.

CAPITULO LXXVII.

Cómo trujeron las hijas á presentar á Cortés y á todos nosotros, y lo que sobre ello se hizo.

Otro día vinieron los mismos caciques viejos, y trujeron cinco indias hermosas, doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traían para cada india otra moza para su servicio, y todas eran hijas de caciques, y dijo Xicotenga á Cortés: «Malinche, esta es mi hija, y no ha sido casada, que es doncella; tomadla para vos;» la cual le dió por la mano, y las demás que las diese á los capitanes; y Cortés se lo agradeció, y con buen semblante que mostró dijo que él las recibía y tomaba por suyas, y que ahora al presente que las tuviesen en su poder sus padres; y preguntaron los mismos caciques que por qué causa no las tomábamos ahora; y Cortés respondió: «Porque quiero hacer primero lo que manda Dios nuestro Señor, que es en el que creemos y adoramos, y á lo que me envió el Rey nuestro señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen ni maten mas hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, que es en un solo Dios verdadero;» y se les dijo otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe; y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertas en ello, que se les daba á entender muy bien; y se les mostró una imagen de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les dió á entender cómo aquella imagen es figura como la de nuestra Señora, que se dice Santa María, que está en los altos cielos, y es la Madre de nuestro Señor, que es aquel niño Jesus que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia del Espíritu Santo, quedando virgen antes del parto y en el parto y después del parto; y

aquesta gran Señora ruega por nosotros á su Hijo precioso, que es nuestro Dios y Señor; y les dijo otras muchas cosas que se convenian decir sobre nuestra santa fe, y si quieren ser nuestros hermanos y tener amistad verdadera con nosotros; y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas, para tenellas, como dicen, por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos, y crean y adoren en nuestro Señor Dios, que es el que nosotros creemos y adoramos, y verán cuánto bien les irían; porque, demás de tener salud y buenos temporales, sus cosas se les harán prósperamente, y cuando se mueran irán sus ánimas á los cielos á gozar de la gloria perdurable; y que si hacen los sacrificios que suelen hacer á aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarán á los infiernos, donde para siempre jamás arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les había dicho otras cosas acerca de que dejasen los ídolos, en esta plática no se les dijo mas, y lo que respondieron á todo es, que dijeron: «Malinche, ya te hemos entendido antes de ahora; y bien creemos que ese vuestro Dios y esa gran Señora, que son muy buenos; mas mira: ahora venistes á estas nuestras tierras y casas; el tiempo andando entenderémos muy mas claramente vuestras cosas, y verémos cómo son, y harémos lo que sea bueno. ¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrificado? E ya que nosotros, que somos viejos, por te complacer lo quisésemos hacer, ¿qué dirán todos nuestros papas y todos los vecinos mozos y niños desta provincia, sino levantarse contra nosotros? Especialmente que los papas han ya hablado con nuestros teules, y le respondieron que no los olvidásemos en sacrificios de hombres y en todo lo que de antes solíamos hacer; si no, que á toda esta provincia destruirian con hambres, pestilencias y guerra;» así que, dijeron y dieron por respuesta que no curásemos mas de les hablar en aquella cosa, porque no los habian de dejar de sacrificar aunque los matasen. Y desdeque vimos aquella respuesta, que la daban tan de veras y sin temor, dijo el padre de la Merced, que era entendido é teólogo: «Señor, no cure vuesamerced de mas les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocalles sus ídolos, no quisiera yo que se hiciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe; ¿qué aprovecha quitalles ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los pasan luego á otros? Bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos;» y también le hablaron á Cortés tres caballeros, que fueron Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, y dijeron á Cortés: «Muy bien dice el Padre, y vuesamerced con lo que ha hecho cumple, y no se toque mas á estos caciques sobre el caso;» y así se hizo. Lo que les mandamos con ruegos fué, que luego desembarazasen un cu que estaba allí cerca y era nuevamente hecho, é quitasen unos ídolos, y lo encalasen y limpiasen para poner en él una cruz y la imagen de nuestra Señora; lo cual luego lo hicieron, y en él se dijo misa y se bauti-

zaron aquellas cacicas, y se puso nombre á la hija del Xicotenga doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano, y se la dió á Pedro de Albarado, y dijo á Xicotenga que aquel á quien la daba era su hermano y su capitan, y que lo hubiese por bien, porque sería dél muy bien tratada, y el Xicotenga recibió contentamiento dello; y la hija ó sobrina de Masse-Escaci se puso nombre doña Elvira, y era muy hermosa; y paréceme que la dió á Juan Velazquez de Leon, y las demás se pusieron sus nombres de pila, y todas con dones, y Cortés las dió á Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval y á Alonso de Avila; y después desto hecho se les declaró á qué fin se pusieron dos cruces, é que era porque tienen temor de las sus ídolos, y que á do quiera que estábamos de asiento ó dormíamos se ponen en los caminos; é á todo esto estaban muy atentos. Antes que mas pase adelante, quiero decir cómo de aquella cacica hija de Xicotenga, que se llamó doña Luisa, que se la dió á Pedro de Albarado, que así como se la dieron, toda la mayor parte de Tlascalala acataba y le daban presentes y la tenían por su señora, y della hubo el Pedro de Albarado, siendo soltero, un hijo que se dijo don Pedro, é una hija que se dice doña Leonor, mujer que ahora es de don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del duque de Alburquerque, é ha habido en ella cuatro ó cinco hijos muy buenos caballeros, y aquesta señora doña Leonor es tan excelente señora, en fin como hija de tal padre, que fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatemala, y por la parte de Xicotenga gran señor de Tlascalala, que era como rey. Dejemos estas relaciones, y volvamos á Cortés, que se informó de aquestos caciques y les preguntó muy por entero de las cosas de Méjico, y lo que sobre ello dijeron es esto que diré.

CAPITULO LXXVIII.

Cómo Cortés preguntó á Masse-Escaci é á Xicotenga por las cosas de Méjico, y lo que en la relacion dijeron.

Luego Cortés apartó aquellos caciques, y les preguntó muy por extenso las cosas de Méjico; y Xicotenga, como era mas avisado y gran señor, tomó la mano á hablar, y de cuando en cuando lo ayudaba Masse-Escaci, que también era gran señor, y dijeron que tenía Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que cuando queria tomar un gran pueblo ó hacer un asalto en una provincia, que ponía en campo cien mil hombres, y que esto que lo tenía bien experimentado por las guerras y enemidades pasadas que con ellos tienen de mas de cien años; y Cortés le dijo: «Pues con tanto guerrero como decis que venian sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer?» Y respondieron que, puesto que algunas veces les desbarataban y mataban, y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que también de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos y otros presos, y que no venian tan encubiertos, que dello no tuviesen noticia, y cuando lo sabían, que se apercebían con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendían é ofendían; é que, como todas las provincias y pueblos que ha robado Montezuma y puesto debajo de su dominio estaban muy mal con los mejicanos, y traían dellos por fuerza á la